

El oficio más difícil

JOSE ANTONIO ABELLA

VAYA de antemano mi reconocimiento a Rouseau y mi convicción de que el hombre es bueno mientras le dejan serlo. Vaya también, ahora de la mano de Faulkner, mi homenaje a las malas personas, en las que uno siempre puede tener confianza porque no cambian jamás.

Pues bien, las orillas del camino que delimitan los dos axiomas precedentes, coincidiendo con el tiempo en que la campaña electoral levanta su veda, me parecen un buen marco para reflexionar sobre el gusto que bastantes elementos de la fauna política manifiestan por ese deporte, sorprendente y cruel, que es el tiro de pichón. Se trata, como ustedes saben, de meter a un palomo en una jaula, darle suelta y, en el momento que inicia su vuelo, abatirlo de un disparo. Vaya en descargo de los tiradores que los pichones —ya lo habrán imaginado— no suelen ser pichones sino viejas palomas resabiadas, algunos cernícalos primilla y no pocos buitres que se han criado en el mismo palomar. He dicho sorprendente y cruel. Y lo curioso es que lo que más me despierta esas impresiones no es el gusto de sus practicantes por disparar la escopeta, sino el placer masoquista en ejercer de pichón.

¿Qué inextricables motivos pueden hacer que un sencillo ciudadano se ponga en el punto de mira tanto de sus adversarios políticos como de la ciudadanía en general? La respuesta no puede ser ni sencilla ni única y, en

tre los ideales de construcción de un mundo mejor y los intereses más inconfesables, puede haber una amplísima gama de respuestas, para el gusto de todos. Lo cierto es que el descrédito del oficio de político es un hecho evidente y generalizado, parejo al desencanto de la sociedad que, teóricamente al menos, ellos representan.

¿Qué ha sucedido para que una gran parte de este país, que abrió sus puertas al sistema de representación parlamentaria con verdadera ilusión, mire con cautela y desdén a sus políticos? También esta pregunta puede tener respuestas para todos los gustos, incluso para el gusto de quienes tratan de fundir y confundir el descrédito de los políticos con el descrédito del sistema democrático. Enlazar estos dos postulados es tan absurdo como relacionar la producción de plátanos con la incidencia de fracturas de cráneo.

Esto hay que dejarlo bien claro: no hay un nexo entre democracia y desencanto. El desencanto, en todo caso, procede de ese nexo ambiguo que une al *demos* con la *kratía*, al pueblo con quienes le gobiernan. Ocurre, querámoslo o no, que hemos sido educados en un medio autoritario y paternalista, donde los ciudadanos éramos un rebaño a conducir por las cañadas que el pastor elegía. Y acaso esa experiencia, marchitos ya los fuegos deslumbrantes del cambio, nos haya hecho ver que más importante que escoger los pastores es elegir las cañadas —primer paso para dejar de

ser rebaño—, descubrir que sobran promesas y faltan programas, recordar que el movimiento se demuestra andando.

Por la boca muere el pez, dice esa sabiduría popular que muchos representantes del pueblo parecen haber olvidado. Eso es lo que les ha pasado y lo que parece que les va a seguir pasando a nuestros políticos. Que se promete lo que no se puede cumplir, y lo que se puede cumplir no se cumple. Que se empeñan en dar la razón a Spinoza y, para demostrar que la esencia del ser

es seguir siendo, anteponen el cargo a la carga, o dicho con otras palabras, que para quien ocupa el sillón lo primero es no dejarlo de ocupar y, para quien no lo ocupa, ocuparlo para de nuevo seguir ocupándolo. Dónde quedan en esta dinámica los ideales, la capacidad de sacrificio, el bien común y todas esas zarandajas que nos explicaban en la escuela, es algo que me resulta imposible de saber aunque —esto lo digo sin una pizca de ironía— no dudo de su existencia. Tampoco dudo que detrás de cada cargo público hay una persona con nombre y

apellidos, incluso con unos hijos y un devocionario sobre su mesilla de noche. Como no dudo que detrás de esa persona hay un partido que habla por su boca y detrás de ese partido —aquí las cosas empiezan a estar menos cla-

ras— unos grupos de intereses con no poca experiencia en el teatro de títeres, donde importa que las marionetas se muevan y los hilos no se vean.

Creo sinceramente que no hay oficio más desprestigiado, más arriesgado, ni más difícil. Difícil ejercerlo bien, quiero decir. También creo que meter a

todos los políticos en el mismo saco es, además de una injusticia, una simplificación rayana con la estupidez. Lo que pasa es que, cuando uno ve lo que ve y oye lo que oye, se da cuenta de que tampoco es fácil ejercer el oficio de elector con justicia y con prudencia.

Tal y como anda el patio, además de estas dos virtudes cardinales hay que tener una vista de lince para separar el grano de la paja. O, en su defecto, recurrir a la fe, que suele ser lo más usual y casi lo único que se nos pide.

«Por la boca muere el pez, dice esa sabiduría popular que muchos representantes del pueblo parecen haber olvidado

”